

ZENAIDA M. SUÁREZ MAYOR Y RODRIGO CORDERO CORTÉS / PRESENTACIÓN

Durante el mes de julio de 2025 se desarrollará en Santiago de Chile el XXII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (AIH), el cual está siendo organizado por un consorcio de universidades locales conformado por la Universidad de Chile, la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad de los Andes, Chile.

En el marco de este Congreso, la AIH nos ha solicitado la preparación, como coordinadores, de un número doble de la revista *Ínsula* dedicado a la literatura en Chile, de acuerdo al criterio de que aquel reuniera una docena de artículos que, siendo escritos por especialistas, cumplieran también una función de difusión para un público más amplio en una extensión acotada.

Junto con agradecer tamaño desafío, lo primero que hicimos fue elaborar un listado con los nombres que espontáneamente se nos venían a la cabeza. El resultado fue el previsto. Ese listado inicial reunió alrededor de 70 nombres que, a nuestro juicio, eran imprescindibles para dar cuenta de la literatura en Chile.

Por otra parte, la solicitud de la AIH llegó a nosotros en unas circunstancias en que Chile acababa de pasar por el trance de la discusión de dos procesos fallidos para redactar una nueva Constitución, periodo en que las preguntas acerca de qué es Chile y de qué o quiénes somos los chilenos estuvieron en el primer plano de la reflexión, tanto en la esfera pública como privada.

Teniendo en cuenta, a su vez, que todavía se discute cuándo comienza propiamente la literatura *chilena*, que esta se inserta en un contexto latinoamericano mayor, donde las tensiones entre lo local y lo universal se ofrecen como motor de su historia, y que uno de los rasgos del periodo en que nos encontramos actualmente consiste tanto en la difuminación de las fronteras nacionales como en el resurgimiento de las identidades regionales, nos pareció que una alternativa era volver una vez más a la reflexión propuesta por José Victorino Lastarria en su *Discurso de incorporación a la Sociedad Literaria* de 1842, no tanto para considerarla como una solución, como para echar a andar los mecanismos de la reflexión: «Se

dice que la literatura es la expresión de una sociedad, porque en efecto es el resorte que revela de una manera la más explícita las necesidades morales e intelectuales de los pueblos. (...) La nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular».

Así es como proponemos aquí, bajo el título «Cartografías de la literatura en Chile», un conjunto de 11 artículos, escritos por 11 académicas y académicos de diversas universidades chilenas, que abarcan un periodo que se extiende desde el siglo XVI hasta el siglo XXI. Cartografías porque, reconociendo la imposibilidad para dar cuenta exhaustivamente de nuestra literatura, se quiere plantear a los lectores al menos la posibilidad de un recorrido. Cartografías, en plural, además, porque sabemos que ese recorrido no es único y que, quizás al modo de esas antiguas cartas de navegación peninsulares, operan como un dispositivo tanto para la determinación de un territorio conocido como para la proyección de un territorio por conocer, además de ofrecer la posibilidad para el establecimiento de conexiones inesperadas o no habituales entre autores diversos.

En «La literatura del reino de Chile», Miguel Donoso y Joaquín Zuleta se refieren a un rico corpus, que cruza desde el siglo XVI al XVIII y que está mayoritariamente conectado con

una dimensión testimonial. Allí es posible encontrar cartas de relación, crónicas, vidas, descripciones geográficas, botánicas, zoológicas y protoetnográficas del territorio y de sus habitantes, relatos de mujeres que han tomado los hábitos y otras obras que pertenecen a los géneros de la sátira, el sermón, los romances noticiosos y de catástrofes, junto a los cuales destaca particularmente la épica, ligada a la Guerra de Arauco, a partir de la cual se puede rastrear la forja de algunos de los elementos que serán configuradores de la futura nacionalidad chilena.

En «Alberto Blest Gana, Augusto D'Halmar y Pedro Prado: proceso de consolidación del campo literario en Chile», Jaime Gagliani nos propone un recorrido que aborda la producción de estos



Alfredo Jaar (Santiago de Chile, 1956) es un artista, arquitecto y cineasta que actualmente reside en Nueva York. Ha participado en las Bienales de Venecia (1987, 1989, 2010, 2021) y Sao Paulo (1987, 1989, 2010, 2021), así como en Documenta en Kassel (1987, 2002). Junto con numerosas exposiciones individuales, ha realizado más de setenta intervenciones públicas en todo el mundo. Ha recibido la beca de la Fundación Guggenheim en 1985 y la beca MacArthur en 2000. Recibió el Premio de Arte de Hiroshima en 2018, el Premio

ÍNSULA 937-938
ENERO-FEBRERO 2025

2

Hasselblad en 2020 y el Premio Mediterráneo Albert Camus en 2024. Su obra se encuentra en las colecciones del Museo de Arte Moderno y el Museo Guggenheim de Nueva York, en el Instituto de Arte y en el Museo de Arte Contemporáneo de Chicago, en MOCA y LACMA de Los Ángeles, en la Galería TATE de Londres, en el Centro Georges Pompidou de París, en la Galería Nacional de Berlín y en el Centro de Arte Reina Sofía de Madrid, entre muchas otras instituciones y museos.

autores en el contexto de los procesos de modernización, que condujeron a la progresiva autonomización del campo literario, y que tuvieron como hito principal las celebraciones del centenario de la independencia de Chile. De este modo, Alberto Blest Gana sería quien ofrece por primera vez un conjunto macizo de relatos, que da cuenta del esfuerzo por incorporarse en el gran movimiento moderno, que asigna como objeto de la novela la representación de la vida cotidiana. Augusto D'Halmar, en cambio, constituiría un gozne fundamental al ser el primer escritor que se autodefine como profesional del oficio. Pedro Prado cerraría el proceso de transformación del campo literario para abrir camino al desarrollo de las vanguardias y de otras corrientes, que darían a la literatura chilena un lugar notable en las letras latinoamericanas y universales.

Ignacio Álvarez, en «Baldomero Lillo, Nicomedes Guzmán y Carlos Droguett: un trío doliente en la narrativa chilena del siglo XX», observa la existencia de una línea de coherencia que cruza completo un siglo XX «corto» en Chile. La obra fundamental de Baldomero Lillo, *Sub terra*, se publica en 1904, cuando el proyecto de las oligarquías chilenas estaría dando sus últimos estertores. La novela más importante de Nicomedes Guzmán es *La sangre y la esperanza*, publicada en 1941, y marcaría el punto máximo de despliegue del impulso utópico en el mundo popular y su representación literaria. Las obras de Carlos Droguett, por su parte, sobre todo las que publica antes del golpe de Estado en Chile de 1973, se instalarían en el límite final de la esperanza que encarna el siglo. De este modo, Lillo, Guzmán y Droguett conformarían un trío doliente de la narrativa chilena porque configurarían una constelación que define un costado comprometido con el destino de las víctimas y la denuncia de los victimarios del siglo XX chileno.

Zenaida Suárez, en «Criollismo y vanguardia en las narrativas de Juan Emar, Marta Brunet y María Luisa Bombal», aborda el panorama de la literatura chilena entre estas dos corrientes literarias, prestando atención a las tensiones que se establecen entre los modelos metropolitanos y el objetivo de fundar una literatura y una identidad locales. En un itinerario parecido, pero esta vez en el plano de la poesía lírica, Naín Nómez, en «La vanguardia chilena: ruptura y continuidad en el proceso moderno de la literatura (Mistral, Huidobro, De Rokha y Neruda)», aborda los procesos que permiten comprender cómo la poesía chilena transita desde un lugar más o menos invisible en el contexto latinoamericano a finales del siglo XIX hasta el surgimiento de lo que la crítica ha llamado «los cuatro grandes de la poesía vanguardista nacional».

Adentrándonos ya de lleno hacia la mitad del siglo XX en Chile, en «¡A Chillán los boletos!: los lugares y (des) encuentros de Nicanor, Violeta Parra y Gonzalo Rojas», Paula Miranda nos invita a observar cómo en un lapso de apenas cuatro años y en una geografía acotada nacieron estos tres artistas, cuya producción describe una parábola que se mueve entre el experimentalismo y el tradicionalismo. Desde la perspectiva abierta por Octavio Paz en *Los hijos del limo* y el concepto de «lof» propuesto por la ecopoética, Paula Miranda afirma que Gonzalo Rojas se ubicó cerca de la analogía a través de una poesía erótica y numinosa, Nicanor Parra planteó una poética que estaría más cerca de la ironía, mientras que Violeta Parra podría ser pensada como un punto intermedio, con muchos de los rasgos del canto ritual, aunque absolutamente moderna.

Grínor Rojo, por su lado, propone una lectura de quienes son, probablemente, los dos más importantes narradores chilenos del

siglo XX. En «El ying y el yang de la novela chilena: Manuel Rojas y José Donoso», que presentamos aquí como dos artículos separados, nos encontramos con que en Rojas habría un empeño consciente en poner los ojos en los sectores subalternos de la sociedad, mientras que, en Donoso, la zona de experiencia fundacional sería el modo de vida de las clases superiores chilenas. De este modo, si en el caso del primero sería posible apreciar la forma de un relato de aprendizaje, que no termina en una negociación, en donde debajo de la máscara del mendigo y el delincuente existiría un fondo de humanidad, incluso más allá de la ley; en cambio, en el caso del segundo sería posible apreciar un universo narrativo que tiene como imagen matriz la casa señorial, que se ofrece como metáfora de la nación chilena «de antes», a la vez que como último refugio frente a las transformaciones sociales que cruzan la historia nacional durante el siglo XX.

Rodrigo Arriagada y María Soledad Falabella se hacen cargo en seguida de algunos de los representantes ineludibles de la lírica chilena de la segunda mitad del siglo XX. En «Percepciones ciudadanas, larismo y escritura política: Pablo Neruda, Jorge Teillier, Enrique Lihn, Gonzalo Millán», el primero plantea, a partir de la oposición entre naturaleza y sociedad en *Residencia en la tierra* de Pablo Neruda, una reflexión acerca de las relaciones entre la ciudad, la modernidad y la adopción de ciertos procedimientos escriturales en Lihn y Teillier, que no ignoran una dimensión política, y que se proyectarían en la escritura de Gonzalo Millán. En «Lengua, resistencia y creatividad poética: Carmen Berenguer, Raúl Zurita, Elvira Hernández» de María Soledad Falabella, por su parte, nos encontramos con una reflexión referida a un proyecto estético que estaría vinculado a las vanguardias históricas y las neovanguardias latinoamericanas, según el cual hacer arte implica también una interpelación ética y política, por parte de tres poetas que vivieron la década de 1960, el triunfo de Salvador Allende y el gobierno de la Unidad Popular, el golpe de Estado de 1973, la dictadura y la transición a la democracia.

Finalmente, en «Estrellas no tan distantes: Roberto Bolaño, Diamela Eltit, Pedro Lemebel. De los salones a la plaza literaria», Rubí Carreño encara la producción de estos autores, en principio disímiles, desde la perspectiva de la correlación que existe entre los procesos sociopolíticos y los movimientos literarios de los últimos cincuenta años en Chile. Siguiendo la pista de las transformaciones de la figura tradicional del salón literario, que poco a poco abandona el círculo cerrado de las voces masculinas y aristocráticas para dar cabida a nuevas voces y espacios, el artículo plantea una triple pregunta: ¿Es que la narrativa chilena sería una más de las prisioneras de Pinochet? ¿Habría una resistencia, una resiliencia, una inquebrantable pulsión de vida que complementa esta perspectiva? ¿De qué forma contribuiría la literatura a liberarse de esas cadenas?

Como apuntábamos al principio, en el proceso de elaboración de este número doble, nos vimos en la obligación de dejar fuera a muchos autores que aparecían en nuestro listado inicial. Por esta razón, aun a riesgo de incurrir en uno o en varios olvidos, no quiséramos cerrar esta presentación sin nombrar algunas de esas ausencias: la literatura mapuche, que se sitúa en una zona de frontera, que hace uso de sus propios mecanismos, discursos y estructuras, y que reflexiona acerca de su sentido de pertenencia y de traducibilidad; el teatro chileno, siempre preocupado de la realidad social, con los hitos que constituyen los Teatros Universitarios y con figuras icónicas como las de Antonio Acevedo Hernández, Fernando

Z. M. SUÁREZ
MAYOR Y
R. CORDERO
CORTÉS /
PRESENTACIÓN





Z. M. SUÁREZ
MAYOR Y
R. CORDERO
CORTÉS /
PRESENTACIÓN

Debesa, Jorge Díaz, Isidora Aguirre, Luis Alberto Heiremans, Alejandro Sieveking, Egon Wolff, Sergio Vodanovic, María Asunción Requena, Fernando Cuadra, Juan Radrigán, Andrés Pérez, Gustavo Meza, Luis Rivano, Mauricio Celedón, Benjamín Galemiri, Marco Antonio de la Parra, Luis Barrales, Ramón Griffiero, Rodrigo Pérez, Manuela Infante, entre otras; la poesía chilena reciente y no tan reciente, con nombres como los de Delia Domínguez, Winétt de Rokha, Stella Díaz Varín, Juan Luis Martínez, Rosabetty Muñoz, Carlos Cociña y muchísimos otros; y la narrativa reciente y no tan reciente, con exponentes tan decisivos como Alejandro Zambra, Alejandra Costamagna, Nona Fernández, Da-

niela Catrileo, Alia Trabucco, Lina Meruane, Cinthya Rimsky y Benjamín Labatut.

Finalmente, queremos agradecer nuevamente a la Asociación Internacional de Hispanistas, a todos los académicos y académicas que contribuyeron en este número y a las universidades organizadoras, por concedernos esta oportunidad, y muy especialmente, al artista chileno Alfredo Jaar por habernos permitido utilizar en la portada de este volumen un detalle de su obra *Chile, 1981: before leaving*.

Z. M. S. M y R. C. C.—UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES, CHILE

MIGUEL DONOSO Y JOAQUÍN ZULETA / LA LITERATURA DEL REINO DE CHILE

La capitanía general de Chile fue un espacio marginal del virreinato del Perú, enorme jurisdicción territorial con la que Chile mantuvo momentos de mayor y menor cercanía a lo largo de más de dos siglos y medio de administración virreinal. El reino de Chile fue explorado por primera vez por europeos en 1536, bajo las órdenes de Diego de Almagro, conquistador del Perú, quien regresa al Cuzco después de la infructuosa expedición a los valles chilenos, dejando la tierra «tan mal infamada, que como de la pestilencia huían de ella», al decir de Pedro de Valdivia.

No solo por razones geográficas y por ser un territorio marginal, sino también debido a la omnipresencia de la guerra de Arauco, el reino de Chile tuvo una importancia secundaria en la administración española virreinal, marcando de manera indeleble a unas letras que mayoritariamente van a estar conectadas con la guerra y la dimensión testimonial de la misma. Como lo expresa Alonso de Ercilla cuando se refiere al territorio de Arauco, «Venus y Amón aquí no alcanzan parte, / solo domina el iracundo Marte».

El territorio chileno comenzaba en el valle de Copiapó y se extendía hasta el río Biobío, y originalmente abarcaba también el lado oriental de la cordillera de los Andes: desde Chile se fundaron las ciudades de Mendoza, San Juan, Tucumán y Santiago del Estero. Además, Jerónimo de Alderete, por encargo de Pedro de Valdivia, logró extender la gobernación de Chile hasta el estrecho de Magallanes en 1554. Ese fue el proyecto geopolítico diseñado por Pedro de Valdivia con el nombre de Nueva Extremadura. De todas formas, el espacio donde se forjan los



elementos constitutivos de la futura nacionalidad chilena, si cabe plantearlo de ese modo, es aquel que conocemos como «valle central de Chile», es decir, desde La Serena hasta el río Biobío.

El siglo XVI

Se destacan en este segmento las cartas de relación y las crónicas. Los primeros documentos importantes de este grupo corresponden a las *Cartas de relación* del hidalgo extremeño y gobernador Pedro de Valdivia, quien pasó a Chile en 1540. Dirigidas a destinatarios como el emperador Carlos V y otras autoridades virreinales, estas misivas, fechadas entre 1545 y 1552, utilizan con gran maestría unos mecanismos retóricos tomados de la oratoria clásica (Cordero, 2017: 144) y cumplen una doble finalidad: por una parte excusar los retardos y retrocesos en la conquista del territorio, al tiempo que poseen una importante dimensión jurídica, ya que intentan representar en sentido favorable sus acciones empleando el mismo «discurso del fracaso» que figura en otros textos de la época (Invernizzi, 1990), buscando reforzar y destacar sus méritos y servicios con el fin de lograr reconocimientos y mercedes de la Corona.

Varios soldados que sirvieron a Valdivia van a tener un importante protagonismo como autores de textos escritos en Chile durante el siglo XVI. El ejemplo más temprano es la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* (1558), de Jerónimo de Vivar. Este texto fue utilizado por algunos

Alonso de Ercilla.
Museo Histórico
Nacional de Chile

